

—Sin duda quedan en gran parte en seco.

—¿Y los Dirouilles?

—Los Dirouilles nada tienen de comun con los Minquiers.

—Quiero decir que son peligrosos.

—Están por el lado de Granville.

—Se ve que, como nosotros, los de Saint-Malo teneis aficion á navegar por estos mares.

—Sí, respondió el de Saint-Malo, con una diferencia: nosotros decimos: tenemos costumbre, y vosotros decís: tenemos aficion.

—Vosotros sois buenos marinos.

—Yo trafico con bueyes.

—¿Qué gran marino era de Saint-Malo, que ahora no me acuerdo?

—Surcouf.

—Otro.

—Duguay-Trouin.

El viajero del comercio parisiense intervino.

—¿Duguay-Trouin? cayó prisionero de los ingleses. Era tan amable como valiente. Supo agradar á una jóven inglesa, la cual rompió sus cadenas.

En aquel momento una voz de trueno exclamó:

—¡Estás borracho!

## IV.

EN QUE SE PONEN EN EVIDENCIA TODAS LAS CUALIDADES  
DEL CAPITAN CLUBIN.

Todos se volvieron.

El capitan interpelaba al timonel.

Sieur Clubin no tuteaba á nadie. Para dirigir al timonel Tangrouille una apóstrofe tal como la que le dirigió, preciso era que estuviese muy encolerizado ó que quisiera parecerlo.

Un arranque de cólera oportuno libra de responsabilidad, y algunas veces trasfiere la responsabilidad á otro.

El capitan, en pie entre los dos tambores, miraba fijamente al timonel, y repitió entre dientes: ¡Borracho! El honrado Tangrouille bajó la cabeza.

La niebla se habia desarrollado. Ya ocupaba casi la mitad del horizonte.

Avanzaba á la vez en todas direcciones; hay en la niebla algo análogo á la gota de aceite. Se dilataba insensiblemente. El viento la impelia sin precipitacion y sin ruido, y ella tomaba poco á poco posesion del Océano.

Venia del Noroeste, y el buque la tenia delante de su proa. Era como un vasto acantilado vago y movedido. Se destacaba sobre el mar como una muralla.

Habia un punto preciso en que el agua inmensa entraba bajo la niebla y desaparecia.

Aquel punto de entrada en la niebla se hallaba aun á la distancia de media legua. Variando el viento, se podia evitar la inmersion en la bruma; pero era preciso que variase inmediatamente.

La media legua de intervalo disminuia de una manera visible. La Duranda andaba, y la niebla tambien.

La niebla venia al buque y el buque iba á la niebla.

Clubin mandó dar mas vapor y virar al Este.

Asi se costió por algun tiempo la niebla, pero ella seguia siempre avanzando. El buque, sin embargo, se hallaba aun bañado de sol.

El tiempo se perdia en esas maniobras que podian dificilmente tener buen éxito. La noche llega pronto en febrero.

El guernesiano contemplaba la bruma, y dijo á los de Saint-Malo:

—Maldita niebla.

—Una verdadera porquería en el mar, observó uno de los de Saint-Malo.

El otro de Saint-Malo añadió:

—Que puede echar á perder un viaje.

El guernesiano se acercó á Clubin.

—Capitan Clubin, temo que la niebla nos va á alcanzar.

Clubin respondió:

—Yo queria quedarme en Saint-Malo, pero me han aconsejado que partiese.

—¿Quién?

—Marinos viejos.

—Bien mirado, replicó el guernesiano, habeis hecho bien en partir hoy. ¿Quién sabe si habrá tempestad mañana? En esta estacion hay siempre que esperar ir á peor.

Algunos minutos despues, la Duranda entraba en el banco de bruma.

Fue un instante singular. De repente los que se hallaban en la popa dejaron de ver á los que se hallaban en la proa. Un blando tabique ceniciento dividió en dos el buque.

Despues éste, todo entero, se sumergió en la bruma.

El sol no fue ya mas que una especie de luna grande. De pronto todos empezaron á tiritar. Los pasajeros se pusieron sus abrigo, y los marineros sus capotones.

El mar, casi sin un pliegue, tenia la fria amenaza de la tranquilidad.

Parece que hay una mala intencion oculta en ese exceso de calma. Todo estaba pálido y descolorido. La chime-

nea negra y el humo negro luchaban contra la lividez que envolvía al buque.

El abatimiento de rumbo al Este no podía en lo sucesivo tener objeto. El capitán puso la proa hacia Guernesey y aumentó el vapor.

El pasajero guernesiano, paseándose alrededor de la máquina, oyó cómo el negro Imbrancam hablaba á su camarada el fogonero. Escuchó atentamente. El negro decía:

—Esta mañana cuando hacía buen sol, andábamos despacio, y ahora, que estamos envueltos en la niebla, vamos deprisa.

El guernesiano se acercó de nuevo á sieur Clubin.

—Capitán Clubin, no hay cuidado; ¿no damos, sin embargo, demasiado vapor?

—¿Qué quereis que le haga? Preciso es que ganemos el tiempo que nos ha hecho perder ese borracho de timonel.

—Es verdad, capitán Clubin.

Y Clubin añadió:

—Tengo prisa en llegar. Bastante tenemos con la niebla, no tengamos también la noche.

El guernesiano se juntó de nuevo con los de Saint-Malo, y les dijo:

—Tenemos un excelente capitán.

Por intervalos, grandes oleadas de bruma, á manera de cardadas de lana, sobrevenían pesadamente y tapaban el sol. Éste reaparecía en seguida más pálido y como enfermo.

El poco cielo que se entrevía se asemejaba al cielo su-

cio y manchado de aceite de una decoración vieja de teatro.

La Duranda pasó cerca de un falucho que había echado el ancla por prudencia. Era el *Shealtiel* de Guernesey.

El patrón del falucho notó la velocidad de la Duranda, y le parecía además que no seguía el derrotero exacto. Le pareció que apoyaba demasiado hacia el Oeste. Un buque, navegando á todo vapor envuelto en la niebla, le llenó de asombro.

A cosa de las dos, era la bruma tan densa que el capitán dejó su puesto y se acercó al timonel.

El sol se había desvanecido, todo era niebla.

Había alrededor de la Duranda una especie de oscuridad blanca. Se navegaba dentro de la palidez difusa. No se veía ya el cielo, ni se veía ya el mar.

No hacía ningún viento.

El barril de trementina, colgado de una argolla debajo de los tambores, no oscilaba siquiera.

Los pasajeros estaban silenciosos.

Sin embargo el parisiense, entre dientes, entonaba la canción de Beranger *Dios despertándose un día*.

Uno de los de Saint-Malo le dirigió la palabra.

—¿Venís de París?

—Sí, señor. *Asómose á la ventana*.

—¿Qué hacen en París?

—*Murió tal vez su planeta*. En París anda todo revuelto.

—Entonces está la tierra como el mar.

—Cierto es que nos rodea una niebla bien importuna.

—Y que puede ocasionar desastres.

El parisiense exclamó:

—¡Desastres! ¿por qué? ¿para qué queremos desastres? ¿de qué sirven los desastres? Son todos como el incendio del *Odeon*, que ha reducido á la miseria á muchas familias. ¿Es eso justo? Compañero, yo no sé cómo pensais vos, pero yo no estoy contento.

—Ni yo, dijo el de Saint-Malo.

—Todo lo que pasa en este mundo, repuso el parisiense, me causa el efecto de una cosa que se desconcierta. Opino que estamos dejados de la mano de Dios.

El de Saint-Malo se rascó la cabeza como el que se esfuerza en comprender una cosa. El parisiense prosiguió:

—Dejados de la mano de Dios, que no se acuerda de nosotros para nada. Así va ello. Es evidente que los negocios de este mundo están á cargo de algun vicario de la Providencia, de algun ángel seminarista, que no sabe dónde tiene la mano derecha y no acierta á corresponder á la confianza en él depositada.

La pronunciaci3n del parisiense era la de los pilluelos de los arrabales.

El capitán Clubin, que se habia acercado á él, le puso una mano en el hombro.

—¡Silencio! le dijo, Caballero, medid bien vuestras palabras. Estamos en el mar.

Nadie volvió á despegar los labios.

Pasados unos cinco minutos, el guernesiano que lo habia oido todo, murmuró al oido del de Saint-Malo:

—¡Y un capitán religioso!

No llovia, y sin embargo todos estaban mojados. Nadie se daba cuenta del camino que se iba andando sino por un aumento de malestar y displicencia. Parecia que se encontraba en la tristeza.

La niebla impone silencio al Océano; adormece las olas y ahoga el viento.

En medio de tanta calma, la respiración de la *Duranda* tenia no sé qué de inquieto y quejumbroso.

No se encontraban embarcaciones. Si á lo lejos, por el lado de Guernesey ó por el de Saint-Malo, hubiese habido algunos buques en el mar fuera de la circunscripción de la niebla, la *Duranda*, sumergida en la bruma, no hubiera sido visible para ellos, y su largo penacho de humo, sin estar asido á parte alguna, les hubiera causado el efecto de un cometa negro en un cielo blanco.

De repente Clubin exclamó:

—¡Maldito seas! acabas de dar un golpe falso. Vas á causarnos averías. Mereces un presidio. ¡Quítate, borracho!

Y se puso él en el timón.

El timonel humillado se refugió á lo último de la proa.

El guernesiano dijo:

—Nos hemos salvado.

Continuó la rapidez de la marcha.

A cosa de las tres, las capas bajas de la bruma empezaron á levantarse, y se volvió á ver el mar.

—No me gusta eso, dijo el guernesiano.

En efecto, la bruma no puede levantarse sino merced al sol ó al viento. Si la levanta el sol, parece bien, pero no tanto si la levanta el viento. Y para el sol era demasiado tarde.

A las tres, en febrero, el sol se debilita. Un viento que se levanta al llegar á este punto crítico de la jornada, es poco apetecible. Es con frecuencia un anuncio de huracan.

Por lo demás, si soplabá alguna brisa, se la percibía apenas.

Clubin, fija la vista en la vitácora, sin separarse del timon, murmuraba entre dientes palabras poco tranquilizadoras que llegaban á oídos de los pasajeros.

—No hay tiempo que perder. Ese borracho nos ha retrasado.

Por lo demás, su semblante carecía absolutamente de espresion.

El mar estaba menos dormido bajo la niebla.

Se veían algunas cabrillas (1). Lucecillas garapiñadas flotaban en la superficie del agua. Estas manchas de luz en las olas preocupan á los marinos, porque indican agujeros hechos por el viento superior en el techo de la bruma. Esta se levantaba, y volvía á bajar mas densa.

A veces la opacidad era completa.

(1) Olas blanquecinas que se forman cuando empieza á soplar un viento fuerte.

El buque estaba como barado en una verdadera cinta de niebla.

Por intervalos, el nebuloso círculo se entreabría como una tenaza, dejaba ver un poco de horizonte, y volvía á cerrarse.

El guernesiano, armado de anteojo, permanecía como una centinela en la proa del buque.

Se formó un poco de claridad, que luego se desvaneció.

El guernesiano se volvió azorado:

—¡Capitan Clubin!

—¿Qué hay?

—Vamos en derechura á los Hanois.

—Os engañais, dijo Clubin con frialdad.

El guernesiano insistió:

—Estoy seguro de ello.

—Imposible.

—Acabo de percibir rocas en el horizonte.

—¿Dónde?

—Allí.

—Imposible. Es una ilusion vuestra.

Y Clubin mantuvo la proa hácia el punto indicado por el pasajero.

El guernesiano volvió á coger su anteojo.

Un momento despues corrió hácia la popa.

—¡Capitan!

—¿Qué hay?

—Birad de bordo.

- ¿Por qué?
- Estoy seguro de haber visto un peñasco muy alto y muy cercano. Es el Hanois mayor.
- Habreis visto un poco de niebla mas densa.
- Es el Hanois mayor. ¡Birad de bordo, en nombre del cielo!
- Clubin sacudió la caña del timon.

## V.

## CLUBIN LLEVA Á SU COLMO LA ADMIRACION QUE CAUSA.

Se oyó un crugido. El rompimiento del costado de un buque en un bajío en alta mar es uno de los ruidos mas lúgubres que imaginarse pueden. La Duranda se detuvo.

El choque hizo caer y rodar sobre la cubierta á algunos pasajeros.

El guernesiano levantó las manos al cielo.

—¡Los Hanois! ¡bien decia yo!

Resonó en el buque un grito prolongado.

—¡Estamos perdidos!

La voz de Clubin, seca y breve, dominó el grito.

—¡Nadie está perdido! ¡Silencio!